

**Aproximaciones teóricas sobre la comprensión
de la violencia como un fenómeno
antropológico**
Jesús Morales¹

¹Docente de la Universidad de Los Andes, Venezuela, lectoescrituraula@gmail.com
jesusm100386@gmail.com

Resumen

Muchos han sido los pronunciamientos dados sobre la violencia como un fenómeno social. Sin embargo, estas visiones se han constituido en su gran mayoría apreciaciones un tanto reduccionistas que se han limitado a aportar aseveraciones desde una única mirada. Por tal motivo y con el propósito comprender en forma integral a la violencia, se hace una revisión de algunos postulados teóricos que la asumen como un fenómeno presente en todas las sociedades, para las cuales es y fue vista como medio de renovación social. Otras explicaciones se centraron en exponer que la misma tenía presencia cuando las sociedades no conseguían un nivel de convivencia pacífica y, hacían uso de la misma como mecanismo para dirimir sus diferencias. A manera de complemento, surgen otras visiones centradas en el escaso nivel de pro-socialidad asociado a estado primitivo o de naturaleza que llevaba al individuo a reaccionar en forma violenta cuando se sentía amenazado o un tercero que dentro de sus cometidos estimaba la imposición, el control y la dominación.

Palabras clave: antropología, violencia, sociedades primitivas, supervivencia, dominación y control.

**Theoretical approaches to understanding of violence
as a phenomenon anthropological**

Abstract

Many have been the pronouncements given on violence as a social phenomenon. However, these visions have largely constituted somewhat reductionist assessments that have been limited to providing statements from a single point of view. For this reason and with the purpose of comprehensively understanding violence, a review is made of some theoretical postulates that

assume it as a phenomenon present in all societies, for which it is and was seen as a means of social renewal. Other explanations focused on exposing that it was present when societies did not achieve a level of peaceful coexistence and, they used it as a mechanism to resolve their differences. As a complement, other visions emerge focused on the low level of pro-sociality associated with a primitive state or nature that led the individual to react violently when he felt threatened or a third party that, within his duties, estimated the imposition, the control and domination.

Key words: anthropology, violence, primitive societies, survival, domination and control.

Disertación temática

El reporte que se presenta a continuación, constituye una primera aproximación a la naturaleza del hombre, vista ésta desde múltiples miradas antropologías, sociológicas y filosóficas, las cuales han intentado explicar a la violencia como un problema que históricamente ha despertado la inquietud de la ciencia en su afán por entender su dinámica y la diversidad de expresiones que asume de una sociedad a otra. En atención a ello, se hace una exposición de los acercamientos que se han dado con el propósito de entender la manera como se concibe a la violencia como un fenómeno del que también se ocupa la antropología.

La violencia vista como una constante en todas las sociedades y procesos evolutivos experimentados por el hombre, se ha constituido para los estudios antropológicos y etnográficos en un fenómeno que por sus características de brutalidad y expresión sangrienta se ha conformado en una de las maneras a través de las cuales dar cuenta de la complejidad de la convivencia humana (Clastres, 1977).

De esta manera, algunos estudios científicos parten de premisas derivadas de las primeras excursiones realizadas durante la conquista, en las que los europeos experimentaron formas de agresividad y violencia nunca antes vistas en los pueblos con los que habían tenido contacto. Esto llevó entonces a entender

por un lado el carácter diverso y aguerrido de las sociedades en su carácter primitivo y, por el otro, asumir la variación en sus representaciones del hombre como un ser social.

Estas concepciones inmediatamente generaron serias discusiones dentro del mundo europeo y dieron en cierta manera los primeros atisbos científicos que llevaron al cambio de percepción sobre la complejidad humana, que incluía la existencia del otro, del diferente, del que rompía con los esquemas y patrones socialmente establecidos. De allí que, se considerara que estas agrupaciones conseguidas en América no se entendían como sociedades por el estado primitivo o de naturaleza en el que se encontraban.

Esta caracterización aunque muy reduccionista, llevó a tipificar a estas agrupaciones como practicantes de la violencia a niveles impresionantes, por lo que se les llegó a atribuir como cualidad según expone Clastres (1977) el “asumirse a los pueblos primitivos como apasionadamente entregados a la guerra” (p.10). Esta aseveración sin lugar a duda hacía ver al hombre de estas agrupaciones como individuo belicoso, pero además como un ser entregado a la confrontación, premisa que dejaba entrever su estado salvaje y su disposición a la agresividad como medios para defenderse de otras tribus o de terceros que los pudieran vulnerar.

En esta exposición se consiguen ver algunos elementos dignos de ampliar. En primer lugar la justificación de la existencia de acciones violentas estaban signadas por el deseo de supervivencia, en la que o se imponían o desaparecían, lo que hacía de su dinámica grupal una recurrente confrontación. De allí que se derive la segunda apreciación centrada en concebir a la violencia como un medio para garantizar la protección de sus espacios de convivencia como una condición natural defensiva.

A estas aproximaciones Clastres (1977) intenta darle una especie de explicación centrada en las razones por las que la violencia tiende a ser una particularidad de las sociedades primitivas, trayendo para ello lo propuesto por Hobbes quien asume que el hombre al no contar con formas organizativas (Estado) difícilmente podía convivir pacíficamente en sociedad, pues su tendencia

natural estaba determinada por recurrentes deseos de dominación, de agresión y violencia como prácticas aceptadas dentro de su representación del curso normal de la vida, cuestión que vino a ser igualmente respaldada por Spencer, para quien la guerra y la violencia era una característica inherente a las sociedades primitivas.

Estas visiones un tanto generalizadas, vienen justamente a ser confirmadas por los estudios etnográficos del momento, en los que se lograban apreciar afirmaciones tales como: las sociedades primitivas sin excepción alguna, estuvieron familiarizadas con la violencia, pues todas hicieron uso de la misma directa o indirectamente como una manera de repeler conflictos y querellas armadas. Esta aseveración si bien es cierto, no era aceptada por la etnología, disciplina para la cual, las sociedades primitivas gozaba del carácter social que las exceptuaba de prácticas violentas o agresivas, noción igualmente compartida por los aportes de la sociología al estudio de estas agrupaciones primitivas.

Para Clastres (1977) las explicaciones de las guerras y de la violencia en sociedades primitivas, estaba determinada fundamentalmente por la existencia de tres discursos sobre los cuales gira la comprensión de estos fenómenos, ellos son:

1. El discurso naturalista, el cual intenta explicar sobre la base de concebir a la violencia como un fenómeno inherente a las relaciones humanas de todas las épocas. Ésta venía determinada por su respuesta natural ante la lucha por mejores condiciones de vida, la apropiación de alimentos y la caza, situaciones en las que mediaba la agresividad. Esto habla entonces, del uso de la violencia como instrumento garante de estabilidad, pues gracias a ésta aparecen los primeros guerreros con cualidades excepcionales para la guerra, pero además generación de las divisiones sociales y políticas, que daban cuenta de una reorganización que no solo puede ser vista en forma reduccionista, sino con implicaciones que derivan en una transformación sociocultural.
2. El discurso economicista, aunque se caracterizó por la no existencia de elementos teóricos suficientemente fundados sino hasta la aparición de las ciencias humanas, si fue visto como una variable a través de la cual entender la convivencia social. Este discurso estuvo ceñido a premisas tales como: la

economía en las sociedades primitivas se centraba básicamente en necesidades de subsistencia; la violencia se debía a la lucha por la apropiación de recursos; las luchas entre agrupaciones se daban por el deseo natural de apropiarse de recursos limitados, razón por la cual según Clastres (1977) explica que “la guerra como un medio de competencia entre grupos en vistas de apropiarse de bienes escasos” (p.30). A esta visión que, si bien es cierto el autor deja ver como una interpretación, se agrega otra perspectiva derivada de indagaciones recientes, que asumen a la ausencia de miseria y escases, como variables que viene a generar polémica en las disertaciones científicas sobre el caso.

3. El discurso basado en la noción de intercambio fue sustentado en los aportes de Lévi-Strauss, para quien las relaciones económicas constituyeron espacios en los que la mayoría, sino casi todos los enfrentamientos estaban mediados por la resolución pacífica de conflictos, pues se daban por el ejercicio de la negociación entre agrupaciones, lo que minimizaba la posibilidad de expresiones violentas y agresivas.

De ello se puede inferir siguiendo a Clastres (1977) que el comercio asume un rol coyuntural en los vínculos grupales, lo que desde la sociología no es más que el establecimiento de procesos de socialización y, por ende, de intercambios comunicativos y de prestaciones reciprocas, relaciones sobre las cuales se dirimían cualquier posibilidad de enfrentarse. Por ende y asumiendo los postulados de Lévi-Strauss todo aquello que las agrupaciones primitivas no pudieran resolver por la vía del intercambio comercial, no daba cuenta de otra cosa que del estado de no-realización como individuos sociales. Cabe destacar que, para el autor sus interpretaciones de la realidad se centraron en ver a la sociedad por el lente del intercambio comercial, sin asumir que la guerra y los conflictos subyacían dentro de las relaciones sociales primitivas.

Sin embargo, esta postura a pesar de haber sido asumida como una perspectiva sobre la cual fundar las bases de la comprensión del hombre, de sus prácticas, de su complejidad y de su cosmovisión del mundo, fue inmediatamente refutada y si se quiere complementada por apreciaciones científicas centradas en

apreciaciones biológicas que hablaban de predisposición para asumir el mundo y las relaciones con este. De esta visión un tanto reduccionista, se derivaron afirmaciones centradas en la herencia, así como en la tipificación del hombre en atención a sus características fenotípicas que lo hacían propenso a asumir conductas y comportamientos negativos o positivos en contra de la sociedad.

En atención a esta forma de entender la naturaleza del hombre, emergen posicionamientos vinculados con la recurrencia de reacciones opuestas al orden social y a la convivencia, pues el carácter reproductivo de situaciones anómalas, se transferían de generación en generación, sucediendo lo mismo con aquellas cualidades empáticas y altruistas. Esta manera de concebir al hombre, si bien es cierto fue aceptada en un primer momento como una interpretación con valor científico, no fue sino hasta la aparición de otras posturas como la perspectiva ambiental, en la que se empiezan a dar importantes aportes que le adjudicaban al individuo el porqué de sus reacciones, de sus expresiones y comportamientos.

Desde esta perspectiva, el entender al hombre se constituyó no en un divorcio total y rotundo del cúmulo de apreciaciones biológicas expuestas anteriormente, sino que se reposiciona la predisposición genética como la responsable de garantizar relaciones de interacción con el medio, de allí la afirmación de Cassirer (1968) que expone que “cada organismo, hasta el más ínfimo, no sólo se halla adaptado en un sentido vago sino enteramente coordinado con su ambiente (p.13).

Por consiguiente, la visión ambiental intenta mostrar al hombre como dotado de las características fundamentales para interactuar con su entorno y, a su vez, este último le posibilitaba y exigía condiciones de adaptación para garantizar su supervivencia. A esta relación sobre la cual se ha disertado históricamente, se le han atribuido una serie de vínculos enmarcados en la cooperación y en la búsqueda de equilibrio, aspectos responsables de la configuración de estímulos y reacciones que venían a garantizar el bienestar y la convivencia social (Cassirer, 1968).

Cabe destacar, que a este acercamiento a la comprensión del hombre como el producto de su ambiente, no solo se le atribuyeron científicamente

valoraciones positivas, sino apreciaciones centradas en que el entorno se constituía en un escenario cargado de competitividad como parte de las relaciones sociales, responsable de condicionar reacciones biológicas que, a su vez, se traducían en respuestas humanas no cónsonas con el equilibrio y, por consiguiente con la alteración del orden, al generarse enfrentamientos o confrontaciones entre individuos que intentaban imponerse y ejercer relaciones de dominación mediadas por la violencia.

Para Cassirer (1968) estas expresiones se debían fundamentalmente a la necesidad de ejercer control y de satisfacer deseos inmediatos, para lo cual se vale de lo simbólico como una forma para demostrar sus pretensiones, valiéndose para ello de manifestaciones pertenecientes a fases evolutivas anteriores, de las que toma su deseo por ejercer dominio, aspecto que visto desde la violencia en sus diversas exteriorizaciones, se interpretaba como una reacción dada por la ansiedad, por la amenaza de terceros o por la exposición a situaciones que vulneraban su integridad.

Todo lo expuesto anteriormente, ha representado un avance significativo dentro de los esquemas científicos dedicados a la comprensión del hombre. Sin embargo, estas posturas se han constituido en visiones reduccionistas al proporcionar apreciaciones centradas en la herencia, la genética y el entorno como los responsables de la naturaleza, de las conductas y comportamientos del hombre. Por ello surgen posicionamientos socioculturales que vienen a generar reformulaciones coyunturales dentro del entender humano, agregando que el hombre es más que un ser biológico determinado por su ambiente, sino que éste se encuentra constituido por costumbres y prácticas producto de un interactuar recurrente y de un proceso de aprendizaje que le aporta el contexto y la cultura de la que es parte.

Esta nueva premisa en palabras de Cassirer (1968) representa el punto de partida sobre el cual el hombre construía el mundo a partir de relaciones que le permitían desenvolverse en atención a dos posturas: por un lado, si el entorno se hallaba dotado de condiciones positivas como convivencia pacífica, altruismo, empatía, habilidades pro-sociales, entre otras, es posible que su proceder

responda de la misma manera, pero, si su contexto se encontraba cargado de recurrentes agresiones, conductas y comportamientos violentos e insensibilidad, su proclividad sería a generar permanentemente acciones que atentaran contra el equilibrio social establecido.

En atención a lo antes expuesto, otras visiones sobre la violencia, la asumieron como un fenómeno social, ha tenido presencia en todas las civilizaciones, ello debido fundamentalmente a la presencia de actuaciones agresivas y de relaciones arbitrarias que trascendían a factores económicos, políticos y sociales que se constituían en medios violentos existentes entre la especie humana, que entrañaban entre otras cosas la generación de relaciones de dependencia, de dominación y control.

Estas características se constituyeron en elementos mediadores de toda relación de violencia, que trajeron como consecuencia una serie de hechos agresivos que rompían con el desarrollo pacífico de las relaciones sociales (Arent, 2006). Esta irrupción dentro del ciclo normal de la vida humana, estuvo estrechamente relacionada con “profundas fuentes culturales de poder” (p. 17). Ello implica que, la violencia ha estado relacionada con hechos sociales que el individuo ha experimenta como resultado de su interacción con el sistema social, del cual aprende comportamientos que luego intentaba replicar en su contexto.

A esta apreciación se agregó un aspecto fundamental que vienen a configurar expresiones violentas del individuo dentro del escenario social. Se trataba de entender a la violencia como una contra respuesta o una reacción que el hombre esgrimía para enfrentar las contradicciones derivadas de la desigualdad social, variable histórica responsable de provocar distinciones entre individuos en lo que a condiciones económicas, sociales y culturales se refiere (Arent, 2006).

Para esta autora, la existencia de desequilibrios sociales se ha debía básicamente al rol que han jugado las clases dominantes, las cuales en su recurrente ejercicio del poder y control sociopolítico, generaron represiones históricas que a su vez se constituyeron en desencadenantes de expresiones violentas mediadas por la anarquía como respuesta al prominente abuso impositivo de las clases dominantes y al control desmedido.

De esta manera, Arent deja entrever que los acontecimientos mundiales y los conflictos que ha experimentado la humanidad no son más que la exteriorización de “una repulsión contra toda forma de violencia” (p. 24). Esto puede interpretarse como una manifestación en la que las clases más vulnerables económica, política y socialmente asumieron un rol defensivo que, a pesar de no ser partidarios y de no encontrar en la violencia la mejor salida para dirimir sus conflictos, si veían en la misma un mecanismo que pudiera generar el rompimiento de las condiciones de represión de las que eran objeto.

Por otra parte, la autora concibe a la violencia como un conflicto generacional en el que las discrepancias se exacerbaban y, por ende, se constituían en frecuentes expresiones centradas en una inminente lucha de poderes en la que cada individuo en su afán de imponerse llegaba a “coincidir en un choque entre tangibles intereses de grupo” (p. 30). Uno de los casos expuestos por la autora, fue la conformación de grupos de negros en los países del primer mundo, estos en sus inicios no manifestaban ningún tipo de hostilidad; sin embargo y una vez comenzaron los problemas y ataques raciales por parte de la comunidad blanca, reaccionaron ideando sus propios mecanismos de defensa como medios para repeler los ataques y agresiones.

Todo ello a la luz de las relaciones sociales, remite a una constante y permanente lucha entre esclavos que sometidos a la opresión y la existencia de cúpulas dominantes que cercenaban la posibilidad de participación, reconocimiento e ingreso a la sociedad para gozar de los mismos privilegios, a lo que las clases más desprotegidas respondían con expresiones de rebeldía como una forma de manifestar su insatisfacción y repugnancia hasta el punto de exteriorizarse las más cruentas conductas violentas que se constituían en llamados de atención frente a violaciones de derechos fundamentales (Arent, 2006).

Cabe destacar, que la violencia como un fenómeno social se encuentra caracterizada por la participación de múltiples elementos, entre los que se pueden destacar la manipulación como una expresión de violencia psicológica, la tortura física y el uso de mensajes cargados de discriminación, en los que tenían una

profunda y protagónica participación los medios de comunicación, a quienes se les atribuyó la responsabilidad de promocionar y de constituirse en portavoz de expresiones degradantes, destructivas y centradas desencadenar agresiones.

Para la autora, gran parte de los estudios históricos realizados sobre la violencia, han centrado sus aportes en entender a esta como una manera de interrumpir el carácter automático del funcionamiento social y de las relaciones humanas, en las que el poder se constituyó en el efecto dinamizador encargado de coaccionar y de ejercer relaciones de dominación, donde el ente dominante se imponía sobre otros valiéndose del control físico y psicológico como medios o instrumentos que le permitieran apoderarse de la voluntad de los dominados (Arent, 2006).

Se trataba entonces, de ejercer acciones que dejaban a un lado el reconocimiento de la voluntad del otro y como consecuencia de ello, los hacía presa de la manipulación hasta el punto de erradicar todo indicio de resistencia que posibilitara ejercer diversas expresiones de poder, hasta el punto en que el dominado perdía toda capacidad para discernir los efectos del dominio ejercido y, por consiguiente, se constituían relaciones de dependencia en las que la víctima se sentía merecedor del castigo o agresión que se le imponía.

Estas manifestaciones interpretando a Arent (2006) se encontraban estrechamente relacionadas con el inminente deseo de ciertos sujetos dentro del sistema social, que dentro de sus cometidos y con el propósito de lograr sus fines, acudían a la violencia como un medio para imponerse y conseguir posicionarse socialmente. Por ello, la autora afirma que “abundantes y recientes descubrimientos científicos, hablan de un instinto innato de dominación y de una innata agresividad del animal humano” (p. 54).

A esto se agregaban dos visiones plenamente aceptadas dentro de las comunidades científicas y son: por un lado las expresiones de violencia estaban íntimamente relacionadas con profundas inclinaciones hacia el ejercicio del poder sobre los demás y, por otra parte, se podía inferir como una aversión que llevaba al individuo a imponerse para evadir el ser sometido a relaciones de dominación que atentaran contra su libertad y autonomía. A ello se añadía otro aspecto, y es

la inminente proclividad de la sociedad a asumir sumisamente la ser dominada por aquel que consideraban más apto o más fuerte.

De estas afirmaciones es posible deducir el estrecho lazo existente entre los dos sujetos, que hacía posible la relación de dominación, cuestión que es ampliamente expuesta en el siguiente planteamiento hecho por Arent (2006) que dice “la voluntad de poder y la voluntad de sumisión se hallan interconectadas” (p. 54). Ello explica que la renuencia a obedecer estaba intrínsecamente vinculada con el apego a ejercer control, aspecto sobre los cuales recaía la garantía de dominar a otros, trayendo como mediadora de estas relaciones a la violencia como la encargada de imponerse y ejercer poder sobre los demás.

Por tal motivo, la violencia se relacionó históricamente con el ejercicio del poder, pues la primera se ha constituido en un recurso utilizado estratégicamente para mantener el control y, por ende, disuadir cualquier intención que atente contra la estructura de dominación establecida. Ello indicaba que, la violencia se constituye en un medio contenedor encargado de resistir fuerzas externas cuyo propósito no era otro que el de vulnerar esquemas de poder y de dominación que atentaran contra el orden establecido, a pesar de que este no fuese reconocido ni legítimo (Arent, 2006).

En atención a lo antes expuesto, es posible afirmar que la violencia se ha caracterizado por la no existencia de concesiones en las que una parte tendía a declinar ante las relaciones de dominación, lo que la convertía en un instrumento para la tortura y la opresión de terceros que, ante la imposibilidad de reaccionar por desventajas de tipo físicas o psicológicas, tendían a ceder ante la influencia de actos violentos cuyo asidero era la coacción y la superioridad, las cuales se constituían en recursos de poder que entrañan por naturaleza “el instrumental preciso que intenta justificar su existencia hasta conseguir o lograr el fin que persigue” (p. 70).

Ello puede considerarse desde el punto funcional de la violencia, como una constante movida entre medios y fines, elementos sobre los que se construían las relaciones de dominación que, aunque no son justificados socialmente, si apelaban al reconocimiento de terceros como una manera de garantizar su

permanencia y existencia. Sin embargo, las sociedades modernas, aunque no asumieron a la violencia como un fenómeno legítimo, si lo apreciaban desde quien era agredido, visualizándolo como un mecanismo de defensa o una respuesta normal de quien se sentía en situación de vulnerabilidad.

Esto indica entonces, que la violencia como fenómeno social y cultural, se encontraba representada en el recurrente deseo de ejercer poder y control del hombre sobre el hombre, lo que hablaba de una constante social que apelaba la mayoría de las veces a elementos psicológicos o de manipulación, en los que entraba como mediador el poder como factor de dominación que entraña dentro de sus cometidos la generación de terror y desequilibrio como reacciones potencialmente efectivas para subyugar a sus víctimas al propiciarle como lo expone Arent (2006) una especie de “parálisis en el individuo y en la sociedad” (p. 77).

Por otra parte y siguiendo los postulados de Arent (2006) la violencia no es más que una reacción inmediata que esgrimían aquellos que intentan tanto imponerse como defender su posición de poder, para lo cual el sujeto que la practicaba se valía del temor y de la vulnerabilidad del otro para imponerse. A ello se agrega un indicativo de que la agresividad tenía presencia dentro del comportamiento humano, cuando el individuo intentaba dominar para su propio beneficio, pero además, para garantizar el control del espacio del que era parte, en una especie de defensa de su territorio como el lugar que le traía sensación de seguridad y protección.

De lo planteado se puede deducir, que la violencia estaba relacionada con el desempeño instintivo natural del hombre dentro de la vida social, que se debía tanto a factores internos como externos que le instaban y se activaban ante situaciones de necesidad, los cuales que se constituían en estimulantes de una agresividad reprimida, que se encontraba estrechamente vinculada con aspectos tales como: la auto conservación, el instinto de sobrevivencia y la recurrente imposición sobre otros, los cuales no tenían otro propósito que el garantizar su existencia.

A estas apreciaciones Arent, (2006) agrega que la violencia tenía un vínculo estrecho con la rabia, a la que posicionamientos científicos dados desde la psicología y la psiquiatría le han adjudicado características patológicas y hasta irracionales como resultado de sociedades en las que se volvía recurrente la agresividad hasta el punto de erradicarse todo indicio de humanización, convirtiendo al hombre en un sujeto enfermo, sumido en actuaciones automátatas que daban cuenta de su miseria y de la degradación social.

Esta perspectiva, si bien es cierto ha conseguido aceptación dentro de los estudios sociales, no se asumió como la única manera de explicar la violencia, pues otras posturas expusieron que, las relaciones históricas de dominación, la permanente vejación, la existencia de injusticias y la opresión se configuraron en las responsables de expresiones agresivas, ello debido a que el hombre al verse sumido en violaciones recurrentes y en ataques contra su integridad psicológica, física y mental, tenía como tendencia inmediata el exteriorizar comportamientos y conductas como una reacción encausada a repeler y romper con esquemas opresivos, en las que mediaba el uso de agresiones desmedidas y de violencia en sus diversas modalidades.

De lo expuesto puede inferirse que, la constante instigación del individuo venía a constituirse en un desencadenante de relaciones violentas, pues la recurrente exposición a escenas y experiencias mediadas por ésta, venían a configurar esquemas de odio y rencor que en muchos de los casos derivaban en actos delictivos, en violación de convenciones sociales de convivencia y en la degradación de esquemas morales como normas que responsables de constreñir cualquier acto que pudiera atentar contra el equilibrio social.

Este ataque contra el orden social representaba un indicativo tendente a vulnerar peligrosamente la seguridad, efecto que para la psicología y la psiquiatría eran asumidos como el paso anterior al ataque colectivo, debido a que sus repercusiones eran más intensas, pues el sujeto violento ya no satisfacía sus deseos de opresión y agresividad en unos pocos, sino intentaba trascender para accionar ante grupos en los cuales replicaba sus conductas sin medir las consecuencias o el impacto de las mismas.

Por otra parte Arent, (2006) entiende a la violencia como un fenómeno con asidero en lo cultural, pues el sujeto agresor aun y cuando no era el resultado de experiencias violentas en sus primeros escenarios o etapas de socialización, cuando se encontraba expuesto a situaciones de violencia como parte de su instinto de supervivencia, apelaba a ganar la aceptación social de un grupo, que se involucraba en prácticas que “se constituyen en el eslabón que lo involucra conscientemente en una cadena de violencia” (p. 91).

La asunción de esta postura, habla de un individuo que buscaba dentro de sus cometidos reconocimiento aun y cuando este implicaba el vulnerar normas sociales y morales. A lo que se agrega que, su imposibilidad de relacionarse y ganar la aceptación grupal, lo que lo volvía vulnerable hasta el punto de verse impotente y aislado, situaciones que no estaba dispuesto a tolerar por sus implicaciones, y como respuesta inmediata reaccionaba negativamente asumiendo enfrentamientos colectivos que garantizaran su equilibrio emocional como factor interno y su acogida social dentro de agrupaciones agresivas o violentas.

Para Arent (2006) la violencia se encontraba asociada al factor biológico, pues la víctima por su debilidad se veía más propensa a ser castigada por características físicas y hereditarias, las cuales se constituían en condiciones asociadas a la enfermedad. Esta cualidad vista desde el darwinismo social, no era más que la imposición natural de unos sobre otros, en las que el más fuerte por sus cualidades biológicas conseguía imponerse a través de acciones violentas tanto individuales como colectivas, lo que era apreciado como una reacción natural de supervivencia.

Otra de las variables que Arent (2006) asociaba con la violencia la constituía el carácter racial, aspecto que históricamente ha fungido como determinante no solo imposiciones sino persecuciones sangrientas y de discriminación, aspectos en los que el factor ideológico ha sido el responsables, al propiciar la aparición de detonantes de agresividad y de una lógica homicida justificada según pronunciamientos científicos como expresiones violentas. Para otras posiciones con tendencias políticas, la violencia se encontraba vinculada con conflictos de intereses, en los que grupos sociales sostenían luchas para dirimir

sus diferencias y, por ende, lo concebía Arent (2006) como “el camino más idóneo para lograr que los problemas sociales se resuelvan con moderación” (p.107).

Consideraciones finales

En síntesis, los aportes expuestos sobre violencia dejan entrever las diversas maneras como el hombre se impone sobre terceros que los asume como potenciales amenazas o como instrumentos complementarios para conseguir sus fines. Dentro de sus apreciaciones se logra entender a la violencia como una expresión humana estrechamente relacionada con la vida, con la dinámica social y como un medio para garantizar al hombre su supervivencia. De allí la afirmación de que la violencia se encuentra enlazada a la vida y a la creatividad, pues se constituye en un instrumento no solo de imposición, sino de dominación que muchas veces se vale de la agresividad y el control como fórmula de existencia.

Por consiguiente, la comprensión de la violencia exige ver al hombre desde una perspectiva biopsicosocial, que permite apreciar tres componentes o dimensiones sobre los cuales se debe trabajar para entender, interpretar y buscar razones que den cuenta de sus relaciones, vínculos, prácticas, interacciones y de las respuestas que exterioriza dentro de la organización social a la que pertenece y en la que convive con sus pares.

De allí que, entender la naturaleza del hombre atendiendo en una sola dimensión, se constituya en una mera reducción que pudiera llevar a apreciaciones inconclusas, puesto que se dejaría de asumir su complejidad, que dentro del deber científico exige el acudir a procesos de análisis que integren lo biológico, lo psicológico y lo social.

Referencias

- Arent, H. (2006). *Sobre la violencia*. Madrid: Editorial Alianza
- Cassirer, E. (1968). *Antropología filosófica. Introducción a una filosofía de la cultura*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Clastres, P. (1977). *Arqueología de la violencia: la guerra en las sociedades primitivas*. México: Fondo de Cultura Económica.